

responder cuanto sabe, porque no le sean fastidiosas estas materias; pero por lo que has oído conocerás si es imposible ir instruyendo á una niña de cinco años en su religión, haciéndosela conocer por principios. De este modo, cuando llegue el caso de ponerles el catecismo en la mano, lo leerán con gusto, porque entenderán lo que leen.

No así aquellas pobres criaturas que, no teniendo mejor maestro que el catecismo, lo devoran de memoria sin entender una palabra de cuanto les hacen aprender. Todo el empeño de las personas que las instruyen, si esto merece llamarse instrucción, consiste en que digan seis ó siete declaraciones sin turbarse, y se dan con esto por muy satisfechas. De camino hacen otro daño, y es celebrar la gran memoria y comprensión de las criaturas que las rezan, con lo que éstas creen que saben mucho y que entienden la doctrina como el que más; se llenan de vanidad, y esta vanidad crece con ellas, y como hija de la soberbia é ignorancia, no las deja ni dudar que no entienden lo que dicen. El menor daño que se sigue de esto, es que, cuando grandes, si son madres, se contentan con que sus hijos sepan lo mismo que ellas supieron, esto es, quince ó veinte hojitas del catecismo conciliar de memoria, pero ninguna inteligencia.

Cansado estoy de oír algunas criaturas responder de memoria ligerísimamente á algunas preguntas del

catecismo, como lo podría hacer el perico. Por ejemplo, si se les pregunta: — *¿Quién está en el Santísimo Sacramento del altar?* responderán con mucha satisfacción: — *Jesucristo Nuestro Señor en cuerpo y alma gloriosa, así como está en el cielo, tanto está en la hostia como en el cáliz y en cualquiera partícula.* Muy bien respuesto; pero ¿está igualmente bien entendida la respuesta? Nada menos. Pregúntales: — *¿Quién es ese Jesucristo? ¿qué cosa es cuerpo? ¿cuál es alma? ¿qué entienden por gloria, por partícula, etc.?* y las verás enmudecer.

Esto es una lástima. Son muy funestas las consecuencias que se siguen de esta clase de enseñanza. Dentro de México y en todas partes se ven cada día personas ignorantísimas de su religión, que abrigan las ideas más erróneas acerca de ella.

¿Y diremos que esta ignorancia sólo se advierte en la ínfima plebe, gentes ordinarias y sin ningunos principios de educación? No, hija; yo te hablo con experiencia, y te aseguro que no son pocos los decentes infatuados y llenos de errores en materia de religión.

Si esto no fuera, no hubiera tanta corrupción de costumbres como hay; porque el que ignora quién es Dios, cuál su bondad y poder, qué cosa es el espíritu, cuál y qué justa es la fuerza de la ley y todo lo demás que tiene la religión de conducente á la moderación de las pasiones, al deseo del bien y aborrecimiento del mal,

no es mucho que obre casi siempre con un error culpable, cuando no sea con una obstinada malicia. En fin, el que sabe su religión fundamentalmente tiene mucho freno para sujetar sus desordenados movimientos, bastante motivo para reconocer al Criador y poderosos auxilios para volver al camino de la verdad, aun cuando se haya extraviado de él.

Pero el tonto, el ignorante, el que no sabe de su religión sino lo que dice el catecismo, sin entenderlo, tiene cuanto el diablo ha menester para extraviarlo y que se quede así hasta la muerte. Acaso no hubiera habido tanto hereje si no hubiera habido tanto ignorante de su religión católica; pero como han carecido de sus principios y han desconocido sus apoyos, fundamentos y solidez, han sido demasiado fáciles en abrazar aquellos errores con que una nueva secta lisonjeaba sus pasiones con una libertad criminal. Mahoma era un ignorante audaz; pero conociendo el natural apetito de los hombres al libertinaje y su torpe ignorancia en asuntos de religión, se valió de esta misma ignorancia y corrompido deseo, permitiendo á sus sectarios la poligamia ó el uso ilimitado de mujeres.

Con más finura y sutileza hicieron lo mismo Lutero, Calvino, Voltaire, Rousseau, Diderot y otros que escribieron llenos de contradicciones, y quizá, ó sin quizá, contra lo mismo que sentían en el fondo de sus corazo-

nes, para sostener sus opiniones y hacerse singulares; ¹ pero siempre sin perder de vista el lisonjear el desarreglado apetito de los hombres hacia la libertad, ó llámese mejor libertinaje.

Una chusma de ignorantes fué la primera que los siguió y fertilizó su cizaña; pero ¿quién seguirá los pasos de un ciego, sino el que carezca de ojos!

Por todo lo dicho conocerás cuánta diligencia y cuidado se debe poner en instruir á los niños en su religión, por principios, y qué poca confianza se debe tener de que la entiendan aquellos que sólo saben de memoria sus principales misterios.

Quizá no será esta la última vez que te hable sobre puntos tan interesantes, y en otra te haré ver... ¿qué digo? te demostraré hasta la evidencia, que el desacato, el fanatismo y la superstición que se nota entre los cristianos, y por cuyos vicios nos ridiculizan los herejes, no tienen otro origen que la ignorancia de nuestra religión; ignorancia que no sería tanta ó ninguna si los padres y madres, por sí ó por personas sabias, procuraran instruir á sus hijos radicalmente en materia tan importante, como lo hago yo con Pudenciana, sin contentarme con que aprenda el catecismo de memoria sin entenderlo, como tu sobrina, á quien me parece que envidias.

¹ Léanse las *Helvianas* ó cartas filosóficas, traducidas del francés por don Claudio Vial, donde se verán las enormes contradicciones en que incurrieron muchos de estos filósofos en materias de religión.

—En verdad que yo la envidiaba, decía Matilde, porque estaba entendida de que sabía leer y la doctrina. ¡Ya se ve! yo ignoraba todo lo que me acabas de decir; pero en efecto, dices bien. De nada sirve saber las cosas mal; esto es lo mismo que no saber nada, ó algo peor, según me explicas.

Me acuerdo que ya hace como un año ó más, presencié un lancecillo que le pasó á Eufrosina con su hija, que si á mí me hubiera sucedido me habría corrido demasiado.

Pues mira tú, que estaban de visita en su casa dos clérigos, un padre franciscano y otros señores, y mi hermana estuvo alabando mucho á su hija de que sabía toda la doctrina. El padre franciscano, que desde luego pensaba como tú, después de haberle oído rezar todos los artículos sin turbarse, le preguntó:—*¿Quién es Dios?* A lo que Pomposita respondió muy aprisa, y el religioso con mucha flema la volvió á preguntar:—*¿Conque el Padre es Dios?—Sí, es.—¿El Hijo es Dios?—Sí, es.—¿El Espíritu Santo es Dios?—Sí, es.—¿Son tres dioses?—No, sino uno en esencia y trino en persona.*—Muy bien, decía el religioso; ¿el señor es padre? ¿Y el señor? señalando á los clérigos.—Sí, son, respondía la niña.—¿Y yo soy padre?—También.—¿Y cuántos padres hay?—Tres.—Pues, ¿cómo está eso de que el Padre es Dios, el Hijo es Dios, y el

Espíritu Santo es Dios, y no son tres dioses? Vaya, á ver cómo lo entiendes.

Pomposita, atacada con la comparación, enmudeció, y de cuando en cuando miraba á su madre, como diciéndole que respondiera; pero Eufrosina callaba y se ponía colorada. El padre franciscano, para rematar el cuento, preguntó á Pomposa:—*¿Luego, obligados estamos á saber y entender todo esto?—Sí, estamos,* respondió la niña; *porque no lo podemos cumplir sin entenderlo.* Considera tú el café¹ que tomaría Eufrosina con semejante reprensión.

—Es preciso confesar, dijo el coronel, que el buen religioso se olvidó en aquel lance de las reglas de la prudencia y urbanidad. Cuando se examina á alguna criatura, es menester considerar su edad, su estudio y sus potencias, y no hacerles jamás unas preguntas y argumentos que sean superiores á sus luces.

La retorsión que le hizo á nuestra sobrina era demasiado fuerte para ella, y no fué mucho que no la respondiera. Hay algunos genios tan pedantes, que así arguyen á las mujeres, á los niños y á los legos como pudieran á un sustentante al pie de la cátedra. Sus preguntas más se dirigen á confundirlos que á instruirlos ó hacerlos lucir. ¡Entendimientos flacos y cobardes, que se lisonjean con tan pequeños triunfos!

¹ Frase común en México, con que hablando familiarmente se da á entender que alguna persona se avergüenza ó incomoda. Suele decirse café con moscas, y así se entiende mejor.

Si la niña le hubiera dicho: — Hay tanta desproporción y diferencia de la comparación que usted me pone con el objeto que yo explico ó con la Trinidad que creo, cuanta hay del ser al no ser y del finito al infinito. Yo creo que en Dios hay tres personas y una esencia, y lo creo firmemente porque la fe me lo enseña, aunque no lo comprendo ni trato de comprenderlo, pues sé que Dios es incomprendible á toda pura criatura inteligente; y siendo un ser infinito, sólo un entendimiento infinito puede comprenderlo; no habiendo otro entendimiento infinito más que el suyo, se sigue que sólo Dios se comprende perfectamente, sólo Dios sabe quién es Dios, hasta dónde se puede saber.

Ninguna pura criatura, por santa, por sabia y por favorecida que sea del Criador, alcanzará jamás á definir la esencia divina, ni á comprender el misterio inefable de la Trinidad. ¿Cómo quiere usted que yo lo explique dignamente? Usted mismo con su borla y teología, ¿qué digo yo usted mismo? Santo Tomás, San Agustín, San Gregorio, el eximio Suárez y cuantos teólogos profundos ha respetado el mundo no explicaron jamás este misterio con tal claridad que convenciera el entendimiento sin el auxilio de la fe. San Francisco de Sales decía, hablando con Dios: *Señor, vos seríais muy pequeño si pudierais ser comprendido por un entendimiento tan pequeño como el nuestro.*

Pero de que este misterio sea incomprendible no puede seguirse que no existe. Semejante ilación sería el más extravagante disparate. De que no conozcamos ó no entendamos una cosa no se deduce de que la cosa no sea tal como en sí es. ¿Cuántas cosas tienen los hombres en las manos y no saben lo que son? La electricidad, la atracción del Norte al imán, la del imán al acero, la del azabache á la paja, etc., etc., las ven los hombres, hablan, disputan de ellas, advierten sus efectos, se valen de éstos, y sin embargo de ser objetos materiales, no los comprenden. Todos sus adelantos en esta parte se han quedado hoy en argumentos, sistemas, opiniones y teorías.

¿Pero qué más? No podemos dudar que tenemos dentro de nosotros un espíritu, ó llámese alma, ó lo que se quiera, superior á nuestra materia; una facultad intelectual que no goza la planta, la piedra ni el bruto; que se mueve y vive á nuestro igual, y sin embargo, ¿quién sabe lo qué es esta alma? ¿quién explica el mecanismo de sus funciones? ¿quién sabe cómo piensa? ¿quién entiende bien los fenómenos del sueño? ¿quién define la causa del trastorno de un loco?... Mas ¡para qué es cansarse! ¿Quién es el hombre que se conoce perfectamente? Nadie. Pues si el hombre no sabe quién es el hombre, ¿cómo tendrá osadía para definir á Dios, rastrear sus misterios ni analizar sus perfecciones?